

El director

HABÍA NACIDO EN ALEMANIA y se había hecho célebre como director de escena y como hombre de mal genio en Norteamérica.

Cuando una Casa le encargaba la realización de un film, todo el personal de los Estudios y todo el elenco artístico de la marca procuraba encontrar trabajo en cualquier otra editora.

Era un hombre voluntarioso, incansable, y sabía cuantas palabrotas existen en todos los idiomas vivos y en algunos muertos, como el etrusco y el sánscrito. Dirigía a los artistas con un látigo, y algunos médicos, poco enterados de las exigencias del cine, intentaron poner en conocimiento de las autoridades que las defunciones de varias estrellas no se debieron a accidentes automovilísticos, como se aseguró, sino que sobrevinieron a consecuencia de ciertas heridas al parecer producidas a latigazos.

Pero era un gran director. Poseía el secreto de la realidad, del verismo, como ningún otro, y sabía despertar en los espectadores los sentimientos más íntimos, más delicados y menos comunes.

Murió de un ataque cardíaco, luego de haber destrozado, sin más ayuda que sus manos, en un momento de furia, el decorado corpóreo que reproducía en sus dimensiones exactas las murallas de la China.

Murió tan de improviso, que ni él mismo pudo darse cuenta de que se había muerto hasta que se halló bajo una luz potente, superior a la de los focos de los Estudios, rodeado de montañas de una transparencia blanquecina, sonrosada y áurea.

El director arrugó el entrecejo y gritó:

—¡Menos luz! ¡¡Menos!!

Después, entre el asombro de los que acudían a sus voces, fue dando órdenes incomprensibles para todos:

—¿Quién es el escenógrafo de esto? ¡Que venga inmediatamente! O, mejor, ¡que lo despidan! ¡Así no se puede trabajar!

Y luego de unas cuantas palabrotas en varios idiomas:

—¡A ver aquel que se asoma por allí, que le caractericen mejor, con otras barbas, y que le den unas llaves más grandes! ¡Y esos de las trompetas! ¡Que avancen sonriendo y aleteando dulcemente! ¡Vengan! Y ustedes... Sí, ustedes. Dejen ahora esas arpas. Prefiero que bailen algo alegre, algo que anime al público. ¿No me oyen? ¡¡Pregunto que si no me oyen!! ¡Todo el mundo en situación, y cuidado con equivocarse! Vamos a empezar. ¡Que toquen un *fox* lento! A la una, a las dos...

Hasta que lo echaron, sin abonarle, claro es, los veinte mil dólares que exigía como honorarios.

Cinegramas, número 37,
26 de mayo de 1935